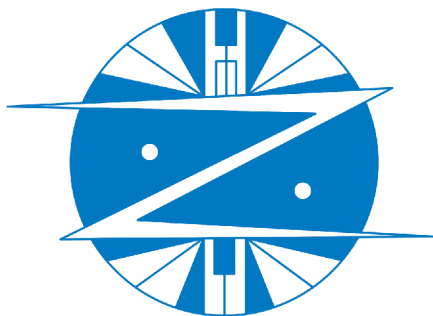




ZELIC

LA NUEVA TIERRA

*A mi mamá y mi hermana Reny, que siempre creyeron en mí.
Y a mi querido amigo Sebas, que está loco y que, casi de manera
literal, me arrastró a esta gran aventura. No la habría podido
completar sin ustedes. Muchas gracias.*
R. R.

*A todos los soñadores, porque son las únicas personas
que van a entender este libro.
A Raiza, por tener ese tan grandioso talento de escuchar y de hacer
de todo esto una gran aventura.
A todas esas personas que día a día, sin razón alguna, me inspiran
a cumplir objetivos.*
S. A.

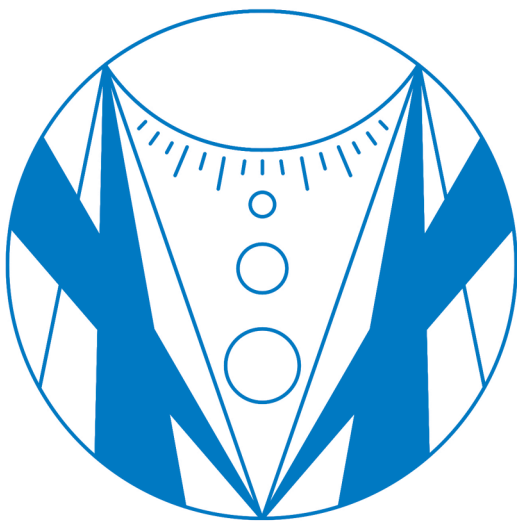
Existió una vez un pueblo que amaba a Dios con todo su corazón y trabajaba todos los días para complacerlo.

Un día, un hombre despertó y decidió ir en busca de Dios, para que le explicara la razón de su existencia.

Pasaron largos días y noches hasta que finalmente, situado en la montaña más alta, encontró la casa donde Dios se encontraba. En la puerta se encontró con un anciano muy débil que solía vivir en el pueblo.

—Dios es de papel; regresa al pueblo y nunca vuelvas —dijo el anciano, pero el hombre no lo escuchó y decidió entrar a la casa de todos modos.

Una vez ahí, encontró a Dios y descubrió que no era de papel, sino mucho peor, era de carne. La pila de carne estaba pudriéndose sobre una silla, por lo que el hombre, asqueado, la desechó. El hombre se sentó entonces en la silla, y, desde ese día, el pueblo sólo trabaja para sí mismo.



SOY EL USUARIO Y017713937

CAPÍTULO 1

HUTRÓN

TENÍA QUE SEGUIR CORRIENDO.

Era lo único en lo que podía pensar mientras mis pulmones se llenaban de flamas y la adrenalina recorría mi cuerpo.

Corría tan rápido como mis piernas me lo permitían.

Sabía que, si me detenía, la bestia gigante que me perseguía lograría alcanzarme, y no había ninguna manera de que eso terminara de manera satisfactoria. Estaba prohibido asesinar, mutilar, herir o dañar de cualquier forma la fauna del planeta. Era la norma número cinco en el nuevo reglamento humano para una vida efectiva y eficiente. Infringir cualquier ley era castigado severamen-

te, pero llegar a quebrantar alguna norma del reglamento podía llegar a ser motivo para una desactivación inmediata del humano. Todos obedecíamos el reglamento.

No obstante, tal vez estaba dispuesto a arriesgarme a ser castigado por los comandantes si no conseguía ayuda lo suficientemente rápido.

Mientras mi garganta comenzaba a quemar y mi respiración se aceleraba, todo lo que podía notar a mi alrededor eran los árboles increíblemente altos del bosque. Parecía como si cada año duplicaran su tamaño. Tenía que alcanzar un punto donde hubiera casas y civilización o, de lo contrario, probablemente no podría sobrevivir este encuentro.

Y, sin embargo, ese pensamiento no me provocaba miedo, sino... emoción.

Tal vez estaba loco, pero corría con una sonrisa pegada a mi rostro. Con una electrizante carga de energía que vibraba desde mi cabeza hasta mis piernas, que no paraban de avanzar. Cada vez estaba más cerca, podía sentirlo. Mi traje se sentía como una segunda piel; estaba hecho para ser funcional en cualquier situación. El principal material que lo conformaba era negro, pero el color azul neón de las franjas que lo delineaban sobresalía aún más debido a mis signos vitales. Signos que de momento estaban en peligro, mientras no lograra alcanzar a los humanoides.

La bestia rugió y extendió una de sus garras buscando rasgar mi espalda. Todo lo estaba viendo en cámara lenta y extrañamente también sentía que estaba pasando demasiado rápido. Logré esquivarla lanzándome hacia un lado y rodando por el suelo. Mi cabello se llenó de lodo y hojas y ramas. El hueso de mi ceja derecha impactó contra una roca, y eso fue suficiente para abrir una herida. Rápidamente llevé mi mano a mi rostro y toqué algo húmedo. Sangre, perfecto. ¡Lo único que me faltaba! Necesitaría recibir atención médica más tarde, pero no podía detenerme ahora. Me puse de pie y seguí corriendo con vehemencia, tratando de poner la mayor distancia posible entre mi ser y el animal.

Entonces escuché un sonido que podría reconocer en cualquier lugar: el ruido de articulaciones mecánicas que se movían a gran velocidad. «Humanoides», pensé. Y liberé un suspiro de tranquilidad. Esto significaba que ya había alcanzado una de las zonas de vivienda aprobadas. Los humanoides podrían protegerme sin problema. Después de todo, para eso estaban diseñados.

A lo lejos podía ver un reflejo de luz; y lo siguiente que supe es que estaba distinguiendo la inconfundible figura de un lustroso humanoide que corría hacia mí. Tras él, otros tres trataban de alcanzarme. Se veían perfectos: cubiertos por un sublime color blanco. La falta de facciones en el lugar en el que debería estar su rostro les daba

una apariencia aún más portentosa. He convivido con humanoides toda mi vida, y, sin embargo, jamás dejan de asombrarme. Perfección creada por seres imperfectos.

Sonreí. Me encontraba a salvo, lo sabía.

Los cuatro humanoides saltaron frente a mí y presionaron un botón en su muñeca. De sus manos se proyectó una luz roja que se extendió hasta crear una barrera. Crearon un gigantesco escudo para protegerme a mí y a las casas que se encontraban en el área.

La bestia colisionó contra la barrera. Su cabeza empujaba rudamente, tratando de abrirse camino, pero los humanoides no parecían inmutarse en lo más mínimo.

Mi corazón palpitaba rápidamente, mientras mis ojos pasaban de la bestia hacia los humanoides y de vuelta a la bestia. Era demasiado inusual poder presenciar de manera directa algo como esto.

El animal se hizo un poco hacia atrás antes de intentarlo de nuevo.

¡*CRASH!*

La cabeza de la bestia arremetió contra la barrera.

¡*CRASH!*

La bestia trató de empujar de nuevo.

¡*CRASH!*

El animal simplemente no lograba abrirse camino. Comenzó a jadear mientras sus intentos por pasar se volvían cada vez más y más débiles. Finalmente, con un

alarido, el animal se retiró lentamente. Mi respiración se estabilizó. Los humanoides nuevamente habían cumplido con su trabajo a la perfección.

Mis hombros se destensaron y enseguida volteé a ver la pequeña pantalla holográfica que estaba en mi antebrazo para asegurarme de que se hubieran registrado los datos de la bestia con la que me acababa de encontrar.

Era una criatura gigantesca. Su aspecto era hasta cierto punto comparable con el de un oso, como los que antes solían existir en la Tierra. Sin embargo, su tamaño era mil veces mayor.

Teníamos ya registrado en la base de datos un espécimen similar al que me acababa de encontrar; no obstante, al parecer había ocurrido una mutación recientemente y se había creado una raza nueva. Y, por supuesto, me enviaron a mí a arriesgar mi vida y a tomar los datos del nuevo animal. Siempre me daban las misiones más complejas, pero yo hasta cierto punto las disfrutaba. Aunque esta vez no.

Debía realizar un proyecto, en el cual tendría que viajar. Hoy tendría que haber pasado el día con los preparativos para irme por la noche, de no ser por este otro trabajo que me asignaron sin previo aviso.

—Gracias, buen trabajo —asentí, hablándoles a los humanoides.

Ellos simplemente se quedaron quietos en su lugar, sin poder comprender lo que les estaba diciendo. No po-

dían entenderme, y yo lo sabía. Los humanoides, que eran diseñados para ser guardianes, tenían un cerebro artificial muy limitado y carente de razonamiento propio. Pero realmente no me importaba, me gustaba pensar que sí me entendían. No estaba muy seguro de por qué.

Giré y seguí caminando con ellos tras de mí. Todo el camino se oyó el ruido de mis botas sobre el pasto y el de las articulaciones de los humanoides, que se movían con pasos perfectamente sincronizados.

Continuamos así por varios minutos, hasta encontrar mi casa, justo arriba de uno de los árboles más altos en esta zona, más alto que los árboles donde se encontraban las otras casas de por aquí.

A partir de este punto, ellos ya no estaban autorizados para seguirme.

Me acerqué al cilindro de color blanco donde se encontraba un escáner circular.

—Identifíquese —dijo una voz robótica cuando me encontraba justo frente al escáner.

—Ciudadano Y017713937 —respondí.

Una luz salió para escanear mi rostro y asegurarse de que esa fuera en verdad mi identidad.

—Derecho de acceso confirmado. Bienvenido, Siete —dijo la voz, y el cilindro se abrió, permitiéndome entrar al ascensor. Me paré sobre la plataforma que brillaba con un intenso color azul, y el cilindro se cerró, al tiempo que

la plataforma comenzaba a subir. Su luz era la única fuente de iluminación del ascensor.

Finalmente llegué a mi hogar. La plataforma se elevó, dejándome justo en la sala.

—Bienvenido, Siete. ¿El resultado de la misión fue satisfactorio?

—Hola, Zelic —dije con más ánimo del que tenía hasta hacía unos minutos. Hablar con Zelic siempre me hacía sentir mejor—. La misión fue exitosa. Gracias por preguntar.

Caminé hacia la cocina para conseguir algo de comer, mientras Zelic escaneaba mi estado.

—Siete, estás herido. Iniciaré la asistencia médica de inmediato.

—No es nada, Zelic, tranquila. Sólo fue un rasguño. Nada grave.

Una de las paredes se abrió para dejar salir un brazo mecánico.

—Iniciando asistencia médica.

—¡Agh! ¡Zelic! Te digo que no es nada. Estoy bien. Sólo tengo hambre. Quiero comer

—Iniciando limpieza de herida.

—Como quieras —dije de mala gana.

El brazo mecánico esparció un ungüento sobre mi ceja. Ardía un poco, pero no hice ningún gesto. Después, el brazo regresó con un *spray*, el cual soltó una medicina

que durmió el área afectada, al tiempo que los tejidos de mi rostro eran alterados para que mi piel se regenerara y la herida sanara sin dejar siquiera una cicatriz. Curar heridas no tomaba mucho tiempo, pero realmente no me gustaba sentirme en una posición de debilidad. Finalmente, Zelic usó su brazo para limpiar mi rostro de cualquier rastro de sangre.

—¿Feliz? —dije, cuando el brazo mecánico se retiró hacia la pared de nuevo.

—No era mi intención ofenderte, Siete. Me disculpo por mi error.

—No estoy enojado, Zelic. Tranquila. Sólo bromeo —Sonreí.

—Entiendo —respondió Zelic.

Zelic era una de mis mejores creaciones. Estaba acostumbrada a trabajar desarrollando *software* para la población de mi planeta, pero mi Zelic era especial; diferente al *software* que acostumbro entregar a los comandantes, para su distribución. Zelic era la única máquina, hasta ese entonces, capaz de dialogar con un humano. De entender. De aprender y de dar una respuesta inmediata, a pesar de que esta respuesta en ocasiones fuera vacía o carente de un toque humano. Continuamente le instalaba mejoras para volverla cada vez más inteligente. Cada vez más perfecta.

Llegué a la cocina y me senté en mi silla preferida. A veces me preguntaba por qué tenía más de una silla si

nunca recibía invitados. «Pronto me desharé de las sillas innecesarias, prefiero que sólo seamos Zelic y yo».

—¿Qué quieres cenar hoy? —me preguntó Zelic.

—Hoy debe ser una cena especial, Zelic. Una cena especial para una ocasión especial.

—¿Pizza te apetece?

—¡Excelente opción, Zelic! —Me encanta comer pizza, pero el Centro de Control de Alimentos no me permite comerla tan seguido como me gustaría.

Un agujero perfectamente circular se abrió en la mesa, dejando salir otro brazo. Esta vez era uno más pequeño y delgado. Este se posicionó sobre mi plato y comenzó lentamente a imprimir la pizza. El brazo se movía rápidamente de izquierda a derecha, mientras la iba materializando poco a poco.

—Se ve deliciosa —dije, cuando la pizza se imprimió por completo. Tomé rápidamente una rebanada y le di un gran mordisco. No me había dado cuenta realmente de cuánta hambre tenía hasta que estuvo la comida frente a mí.

—Siete, ¿puedo saber cuál es la ocasión? —preguntó Zelic. Justo ese pequeño detalle era uno de los indicios de mi avance en este proyecto, una de las mayores diferencias entre Zelic y el *software* que acostumbraba entregar a los comandantes: Zelic sentía curiosidad.

—Me voy de viaje mañana —le dije con la boca llena, mientras saboreaba más de la pizza.

—¿De viaje? ¿A dónde te irás?

—A la Tierra. Voy a realizar algunas investigaciones para mejorar el *software* en el que estoy trabajando. —Le di otro mordisco a mi pizza—. Zelic, linda, ¿podrías, por favor, darme algo de agua?

—Enseguida.

El pequeño brazo salió de la mesa una vez más, ahora imprimiendo un vaso de cristal. Otro brazo salió y sirvió un chorro de agua dentro de mi vaso, ya que había quedado listo. Tomé el vaso y me bebí el agua prácticamente de un solo trago. Estaba terriblemente sediento.

—Ah, como te decía —dije al recordar de qué estaba hablando con Zelic antes de esto—, necesito un centro de investigación equipado, en el que pueda desarrollar las mejoras que tengo en mente.

—Pero la Tierra no te agrada... —comentó Zelic.

Y era verdad. No había un punto de comparación entre la vida en Hutrón y la vida en ese planeta desértico. Las personas ahí estaban acostumbradas a vivir todo el tiempo encerradas en su cúpula gigante, sin posibilidad alguna de salir. Esta idea siempre me había dado algo de claustrofobia, para ser sincero.

—Buen punto, Zelic —asentí—. Pero en realidad eso no interesa. Este proyecto tiene mayor importancia que si la Tierra me agrada o no.

—¿Por qué no puedes trabajar en eso desde aquí, como siempre? —me preguntó. Podía detectar en su voz cierta incomodidad de su parte al decirle que me iría. Eso me hizo sonreír. Esta era otra gran diferencia en su *software*: sentir preocupación. Aunque todavía me encontraba en las etapas básicas de desarrollo.

—Será más cómodo trabajar desde allá. El lugar está equipado para hacer investigaciones y desarrollar mejor tecnología. Además de que nadie está vigilando tu trabajo constantemente, como aquí. Por lo menos, no tan de cerca. Ya estoy harto de estar trabajando con la mirada de los comandantes puesta sobre mí.

—Entiendo —respondió Zelic, y yo aproveché para darle otro mordisco a una rebanada de pizza. Hubo una larga pausa.

—¡Ah!, olvidaba decirte... —comenté.

—¿Qué olvidaste?

—Tú vienes conmigo.

—¿A la Tierra, Siete?

—Así es. Así que prepárate; tengo una sorpresa esperando para cuando lleguemos.

—Todos los preparativos de tu partida ya fueron completados —dijo Zelic. Noté que no comentó absolutamente nada sobre la sorpresa. Hice una nota mental de analizar eso más tarde. No estaba seguro de si la sensación de curiosidad estaba averiada o si tal vez en verdad le

gustaba el hecho de que fuera una sorpresa, en cuyo caso significaría todo lo contrario a una avería. La otra opción era que simplemente el sistema no sabía qué responder a lo que dije. Pero me gustaba mantenerme optimista sobre los avances de Zelic.

Terminé de cenar y simplemente me quedé mirando, mientras Zelic desintegraba lentamente los restos de la comida y los absorbía de nuevo, para ser usados en un futuro. No estaba seguro de cuándo sería ese futuro, ya que mi estadía en la Tierra sería bastante larga.

Caminé rápidamente hacia mi habitación. Zelic había dicho que todos los preparativos para mi viaje estaban completados. Así que mis herramientas de trabajo ya debían encontrarse en mi nave. Sólo me hacía falta algo.

En mi habitación abrí uno de los cajones donde guardo las piezas sobrantes de algunos proyectos y experimentos; bajo todas esas cosas encontré lo que buscaba: mi encendedor. Un escalofrío recorrió mi columna en cuanto lo tomé. El fuego era algo natural; necesario en ocasiones. Pero yo sabía que, en mi caso, mi gusto por el fuego sobrepasaba algunos límites. Sabía que seguramente llegaba al punto de quebrantar normas. Era uno de mis secretos.

El encendedor tenía un diseño muy sencillo y era de un material plateado y reflejante. Levanté la tapa del encendedor con mi dedo pulgar, pero no podía hacer fue-

go. No como debería. Simplemente me conformaba con hacer chispas con él. No podía tener más, por ahora.

Esto era todo lo que me faltaba. Me giré con el encendedor en mi mano izquierda y caminé hasta la plataforma al aire libre, donde estaba mi nave. La puerta de entrada a la casa se deslizó hasta cerrarse.

Volteé hacia la puerta y presioné el botón que quedaba justo en el centro del segundo escáner, el cual se encontraba en esta parte de la casa. Este leyó mi huella dactilar y, después de acreditarme, liberó un pequeño chip.

—Vamos, Zelic, será un viaje largo —le dije al chip. Era una representación muy diminuta de un proyecto muy grande y que ocupaba mucho de mi vida.

Metí el chip en un pequeño compartimento, en la muñeca de mi traje, y caminé hacia la nave. Era gigantesca y el metal del que estaba cubierta resplandecía de un modo increíble.

Subí a ella. Apreté fuertemente el volante hasta que mis nudillos empalidecieron.

Encendí el motor.

—Hora de irnos —comenté, a pesar de que en ese momento Zelic no podía escucharme.

Y entonces despegué para partir hacia el planeta Tierra, a velocidad *warp*.



Bitácora

331 Después del Acuerdo

Soy el usuario Y017713937. En este momento tengo veinte rotaciones completadas. Soy de la zona norte de Hutrón, del sector de las montañas. Mi profesión es la ingeniería; específicamente me dedico al diseño de *software*.

A partir de hoy, inicio una bitácora, como modo de registro de mis experiencias y experimentos.